

de la casona para rezar devotamente el rosario. A la hora de las «once» se servía el mate cuidadosamente condimentado con yerbas olorosas, mientras la conversación rodaba lentamente; comentando las incidencias del día, las enfermedades del vecino, o el tema del último sermón oído en la parroquia, cuando a manera de paseo dominical, se iba a oír la misa del mediodía «al centro», cosa que era un verdadero acontecimiento en esa gente de vida tan quieta y apacible.

Ese niño Fernancito, no vive precisamente en aquella casona sino que va diariamente en busca de esa tibieza de hogar que necesita su alma soñadora. Rolfito, la tía Yaya, la tía Engracia, o esa solitaria tía Antuca, son para él un forzoso accidente en estas visitas pues la única que ilumina su espíritu es Leonorita, que todo lo embellece con su sonrisa. Esta novela es más bien un poema de evocación de la infancia, en que se destacan con rara claridad sentimental, los hechos que se quedaron grabados en la sensibilidad. Las más pequeñas incidencias le sirven de motivo al autor para darles un trascendente significado. Un raro don de observación de los detalles, permite a Koenenkampf, alejarlos de la realidad vulgar y cotidiana tendiendo sobre ellos ese diáfano manto de fantasía de que hablaba Queiroz. «Casa con tres patios» muestra una fina y novedosa tendencia clásica dentro de nuestra creación novelística.—L. D.

<https://doi.org/10.29393/At170-174LDPP10174>

PASADO Y PRESENTE DEL INDIO.—Ensayos, por Antonio García,
Editorial Centro. Bogotá, 1939

Al oír nombrar al «doctor García», presidente de la delegación de estudiantes colombianos, que recién ha visitado a nuestro país, no nos imaginábamos encontrarnos al conocerlo, frente a un hombre muy joven, que habla con entusiasmo y vivacidad y muy pronto se gana nuestro afecto y aprecio por medio de su

simpatía atrayente y comunicativa. En realidad pensábamos en un caballero grave y sentencioso que dejaba caer sus palabras con mesura y parsimonia y nuestra sorpresa es grata y alegre, cuando nos damos cuenta que el doctor García y autor de varios libros, es un mozo de 27 años, sencillo y llano, que nada sabe de poses ni de actitudes destinadas a impresionar. García es un espíritu cordial, que sabe oír con atención y dar sus opiniones con certera claridad. No da en el primer momento la impresión del estudioso que es, rara virtud en estos tiempos, sino la del hombre que desea buscar la reciprocidad de otro hombre comprensivo con quien expansionarse en una charla, que puede ser el comienzo de una buena amistad.

No le conocíamos aún, cuando comenzamos a leer esta «Pasado y presente del indio», libro apretado de interés y de penetrantes observaciones alrededor de este tema que ha preocupado con verdadera pasión a los políticos e intelectuales de América. Nos llamó la atención desde el comienzo de su lectura, la seguridad con que García se desenvuelve dentro de esta cuestión, tan variada y compleja, pues en cada país el problema indígena ofrece no sólo características diferentes, sino también proporciones distintas que se relacionan directamente con la manera de cómo los gobernantes lo han encarado. Y es necesario advertir que el autor, no discrimina las causas y los efectos del problema con criterio apasionado ni especulativo, sino que asume la seriedad del investigador que extrae de la realidad, hechos y circunstancias, para someterlos a un examen sereno y ecuánime. Y no podía ser de otra manera, pues según Benjamín Carrión, prologuista del libro, «el autor de Colombia S. A.», (obra de Antonio García) no es un recién llegado al estudio de lo indígena; no es el aficionado superficial cuyos derechos para intervenir en el esclarecimiento del problema pudieran ser fácilmente recusables. García, catedrático de Economía Política, al propio tiempo que gran cultivador—ensayo y relato—de la literatura social, es y ha sido también un apasionado buscador de la realidad india

colombiana, quizás menos grande en volumen como problema nacional, pero no menos aguda ni diferente a la nuestra (Carrión es ecuatoriano) en aspectos esenciales. Así pues cuando García acepta como cuando difiere o modifica la apreciación ofrecida por el documento literario ecuatoriano, lo hace en su fuerte calidad de intelectual especializado en el estudio del problema indígena de América.»

Sí, en efecto es García un especializado en el estudio del problema indígena americano, pero no se crea por esto que se trata de ensayos realizados con materiales puramente librescos. El talento de García es penetrante, y sus puntos no son en ninguna ocasión antojadizos ni faltos de ese apoyo, que resulta de la comparación, y observación del desarrollo histórico de los acontecimientos dentro del proceso étnico, que han seguido los pueblos aborígenes en América. Porque García, sitúa al indio, en su calidad de hombre con derecho a luchar por ser dueño de su destino, y no a nacer y a vivir sintiendo que no es su voluntad la que dirige y orienta su existencia. El mismo hecho, que anota con respecto a Chile, evidencia el desconocimiento de ese derecho humano y vital, al tratársele como bestia, en el logro por el blanco, de lo que es capaz de producir, y considerarlo menor de edad para los efectos de disponer de sus tierras, que no puede enajenar. Sin embargo de ellas se apropia el terrateniente corriendo sus deslindes, o usufructuando de la tierra indígena, por medio del abuso y de la ilegalidad. En suma el indio no tiene otra ley que la ilegalidad. En este absurdo se apoya, dolorosamente su existencia. El alcohol, el engaño, la explotación y el abuso, concluyeron con su reciedumbre primitiva. Y entonces ya no le quedó más remedio que inclinar la cabeza, agobiada por esa ancestral tristeza que heredaron de aquellos que sufrieron los rigores de la encomienda y de la esclavitud en minas, haciendas, ingenios etc. ¡Qué tremenda verdad hay en las palabras de García, en que se refiere al presente del indio! Esto relacionado con el aprovechamiento, que como motivo de atracción turística se está

haciendo de él. Dice al respecto: «El turista sólo concibe al indio como un paisaje, o como una adherencia sentimental del paisaje. Desde el punto de vista social, como un pintoresco animal de carga que paladea—en quechua—la angustia de los anchos corredores andinos. Porque el indio es inteligible y sádico y se encierra porque sí—en la cáscara de su vida familiar. Y en último análisis, el indio resulta un parásito de la autoridad, un pupilo estéril del latifundio, la tenencia política y la iglesia» (Pág. 124).

Sombría pintura de una raza vencida que corresponde a la realidad. Porque el indio se queda al margen de todo cuanto la existencia humana tiene en belleza, en agrados del espíritu, —cultura y arte,—paraísos que estarán siempre ignorados para él, que no sabe de otros que los que proporciona el alcohol, o el de la cópula animal. García lo explica así: «Pero el indio carece de fuerza atractiva, de simpatía humana, de transparencia, de brillo, de algo que incite al apego, que sugiera la necesidad del conocimiento. La vida hueca, desierta, no ofrece otro interés que el de una ciudad abandonada. Y el hombre piensa como vive. Por eso el indio no puede tener más que una sombra martirizada de pensamiento. Una sombra resbaladiza, tímida, angosta que se escurre por entre los dedos y se escapa como una pequeña luz de azogue. Una sombra no es estructura para reconstruir un espíritu, y de allí que toda reconstrucción termine en hallazgo monstruoso; el de un hombre hecho con añadidos de trozos de muertos. Es lógico que el indio aparezca como el peor de los cadáveres: el de quien no ha alcanzado a vivir. O el de quien ha vivido para morir retóricamente» (Pág. 126).

García conoció y pudo apreciar directamente, las distintas fases del problema indígena en el Ecuador, y hay en este libro a ese respecto, páginas medulares que reflejan fielmente las verdaderas proporciones de esa realidad. Siguiendo la misma línea del párrafo que acabamos de transcribir, el autor afirma y en esto le sobra razón, «que la literatura revolucionaria de América es utópica porque exagera el valor de la materia en que cree, ha-

ciendo del hombre explotado un dios y de la revolución una insurgencia divina». Y más adelante agrega que lo tendencioso, no es la implacable transcripción de la vida, sino las explicaciones literarias a los hechos descritos. Pero hábil dialéctico como es explica en seguida esto, diciendo «que ni el peón ni el siervo de América pueden llegar a esta lucha, sin recurrir a estos cauces épicos, falseadores pero simples, mistificadores, pero adheridos tradicionalmente a su sensibilidad. Nadie ha dicho que ese terreno falso, no es un hecho social, una verdad incontrovertible, una reacción miope pero efectiva. De allí que en todo mito haya una doble cara, según la realidad constructiva o disolvente, y que todo mito sea una mentira que vale tanto como la verdad, en su categoría de verdad sublimada».

«Pasado y presente del indio» es un libro del más alto interés, escrito por un hombre indiscutible en talento y prodigiosa penetración para ahondar en los aspectos más intrincados de este problema que tiene caracteres álgidos en países donde el indio representa la mayoría de la población. En una prosa suelta, ágil, fluyente y amena, el autor, expone esta realidad con un espíritu amplio, y con una claridad que sorprende, cuando desea aclarar todos esos mitos a que se refiere, para situarlos en el plano de la verdad concreta, que es la que se necesita para redimir al indio, si es que ello es posible, o por lo menos para crear a su alrededor un clima más benigno y humano.—LUIS DURAND.

■

LOS HOMBRES OBSCUROS, novela por *Nicomedes Guzmán*; Ediciones Yunque, Santiago

Aunque el joven autor de esta novela ha querido a todas luces hacer en ella una novela tendenciosa, no lo es; tal vez por eso mismo, porque es joven, muy joven. Y porque tiene alma y talento.